Lucernario

La palabra precisa. Lo experimental de la Historia está en su escritura

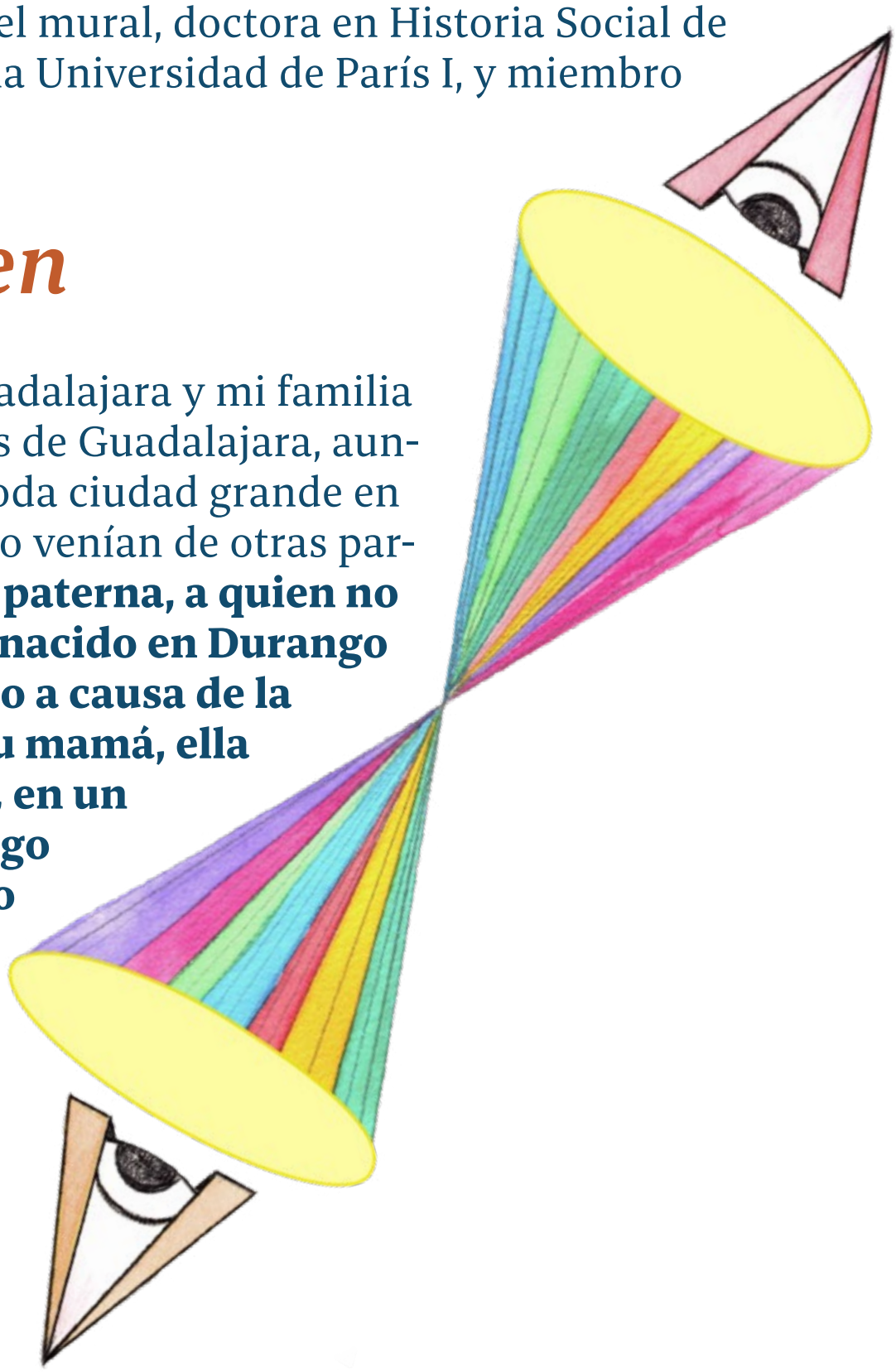
La doctora Elisa Cárdenas Ayala ocupa la Silla número 15 de la ***Academia Mexicana de la Historia****, que significa ser reconocida como* ***Académica de Número, máxima distinción y categoría de pertenencia de la institución****, y es parte del DESMOS, aquí, en el CUCSH.*

Fotos: Fabián Robles



Taína Trujillo C.

Ella está entre las personas académicas más brillantes del país. Sus estudios, sus preguntas, los caminos que ha elegido para hacer Historia, con mayúscula, la llevaron a ser reconocida con el máximo honor: Académica de Número, de la Academia Mexicana de Historia, un nombramiento que es vitalicio. Es profesora-investigadora del Departamento de Estudios sobre Movimientos Sociales –DESMOS–, ubicado en el piso 3 del Edificio del mural, doctora en Historia Social de la Cultura por la Universidad de París I, y miembro del SNII III.



El origen

“Yo nací en Guadalajara y mi familia mayormente es de Guadalajara, aunque como en toda ciudad grande en algún momento venían de otras partes. **Mi abuela paterna, a quien no conocí, había nacido en Durango y habían salido a causa de la Revolución, su mamá, ella y su hermana, en un tren de Durango hacia el centro del país**. Su mamá había tomado la estrategia de vender las pertenencias y reunir lo que



lo que quedaba de valor en un objeto que para ella era de muchísimo valor que era el piano. Entonces, dentro del piano puso las joyas que tenía, lo que tuviera, y ya tomaron el tren. Y en el camino los revolucionarios volaron el tren y ellas llegaron a donde tenían que llegar con una mano atrás y otra delante, sin piano, sin pertenencias, sin nada.

"Aterrizaron en Silao, Guanajuato, donde de tiempo después la vida de mi abuela Austreberta Lara se cruzó con un villlista, Juan R. Cárdenas, que era jaliciense y pasaba por allí. Esa es una parte de de mi historia familiar, la de dos abuelos a los que no conocí, pero eran mis abuelos paternos. Él murió cuando mi padre tenía 5 años. Pero digamos que yo con Juan R. Cárdenas me he seguido encontrando reiteradamente porque se involucró de alguna forma en los primeros años de nacimiento de nuestra universidad, en 1925. Entonces, **ahora que hemos trabajado en torno al centenario de 1925 a mí se me aparece Juan R. Cárdenas de forma un poco escurridiza por acá y por allá**. Es una historia que mi padre contaba, él falleció hace 18 años. Pero tampoco él la conocía con mucha precisión, es un poco nebulosa, interesante porque acompaña y de alguna manera no tiene capacidad de invadir porque está y no está."

"Lo que sí queda todavía en la casa de la familia paterna es la biblioteca que constituyó Don Juan, quien vivió pocos años, debe haber vivido poco más de 50 años; es una biblioteca especializada en cuestiones jurídicas. Había otra biblioteca para

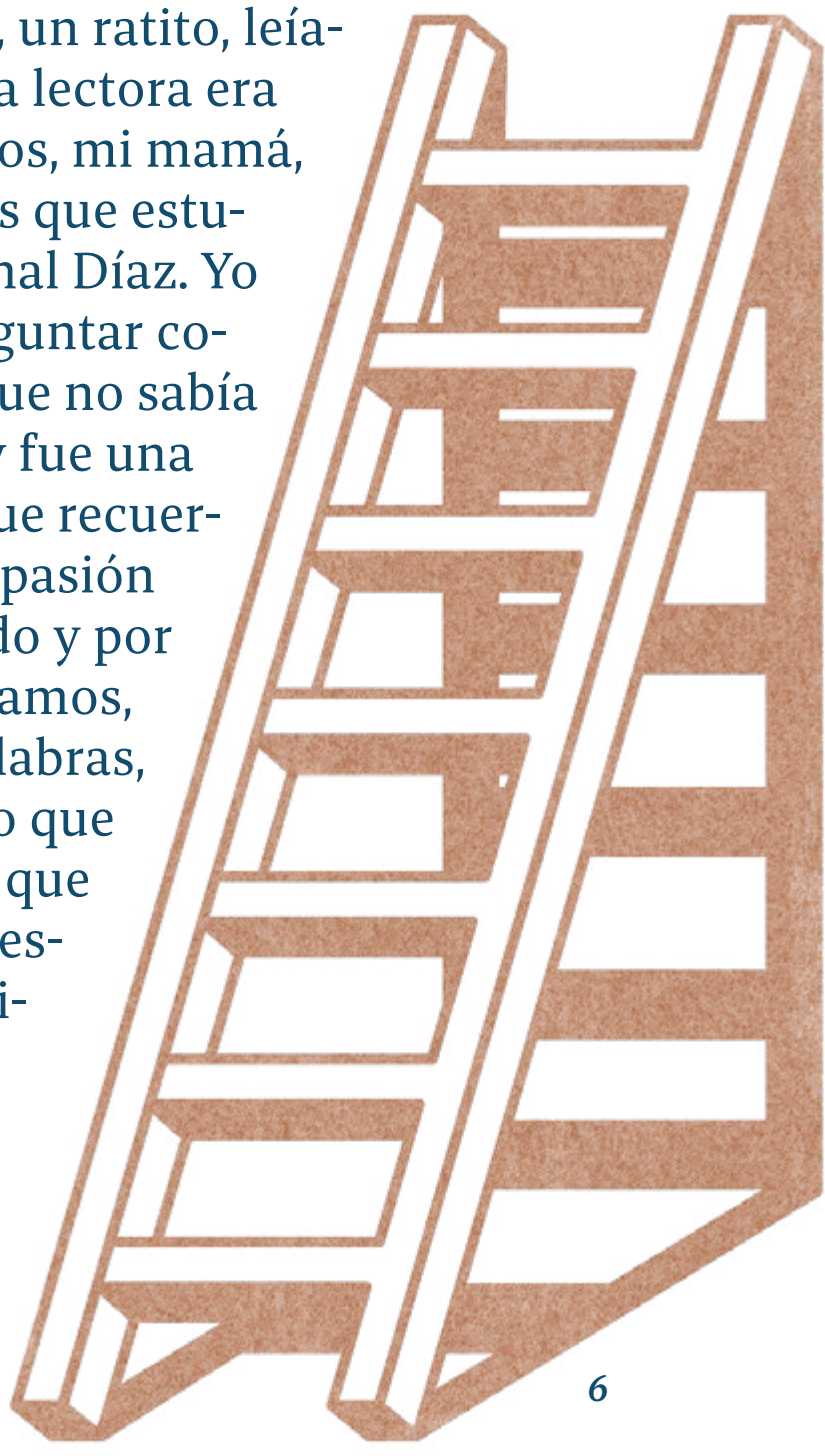


mí fundamental que era la biblioteca de mis abuelos maternos, Gabriel Ayala y Luz Landero. En esa biblioteca yo pasaba todas las tardes. Está todavía en la esquina de Santa Mónica y Juan Manuel, una de esas casas. Nosotros pasábamos las tardes allí. Todas las tardes estábamos allí con mi mamá. Y mi abuelo vivía prácticamente en su biblioteca porque sufría de gota y salía poco, estaba en general sentado allí en medio en una habitación de paredes enormes, quizás de 4 m de alto y los estantes estaban en todo alrededor."

"Entonces había una escalera de mano con un riel y yo desde que pude trepar esa escalera subía y bajaba. Cuando subía empezaba a leer los títulos: 'Tal cosa, ¿y esto qué es?' Y mi abuelo invariablemente

decía, 'pues bájalo.' Y yo lo bajaba y luego lo volvía a subir. Esa era una biblioteca de procedencia mixta, digamos, pero con muchísimas cosas de literatura, medicina, con cosas de química, enciclopedias, muchos libros que para mí eran muy antiguos y sobre todo pienso ahora que son libros de la segunda mitad del siglo XIX, que corresponden al momento que se habían formado los que impulsaron esa biblioteca que no eran mis abuelos sino sus padres, —o sea, los bisabuelos de la doctora Cárdenas— y mis abuelos habían proseguido.

"Para mí ese ir y venir en la escalera era importantísimo. Y un día que yo estaba en sexto de primaria subí por la escalera y desde arriba leí: *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*. Y entonces dije, '¿Y esto qué es?' Y mi abuelo dijo, 'Pues bájalo', entonces lo bajé y estábamos en el tomo uno de Bernal Díaz en una edición que pienso que era de Aguilar y allí inició una aventura fantástica que es que todas las tardes, un ratito, leíamos en voz alta el Bernal, la lectora era yo y se sentaban mis abuelos, mi mamá, a veces alguna persona más que estuviera y así leímos todo Bernal Díaz. Yo me detenía en partes a preguntar cosas que no comprendía o que no sabía pronunciar o lo que fuera y fue una aventura fantástica de la que recuerdo que me quedé con gran pasión por ese relato de ese soldado y por cuestiones semánticas, digamos, por el significado de las palabras, por la grafía variable en eso que hoy llamamos ortografía y que en algún momento no corresponde con el modo de escribirlo antes."



El lenguaje siempre presente

"El mundo del lenguaje me fascinó, la historia del uso de las palabras. Allí hubo varias historias, por ejemplo, una genial fue que llegué a la palabra sodomitas. Y entonces leo sodomitas y le digo, "¿Y qué quiere decir sodomitas?" Y mi abuelo, pues, le daba mucha pena explicarme. Y él volteaba a ver a mi mamá para que ella hiciera el favor de explicarme. Mi mamá se doblaba de la risa y no contestaba y yo estaba esperando la respuesta para poder seguir la lectura hasta que él, viendo que nadie le iba a ayudar, me dijo, "Ay, linda, pues dos jotos. Y yo probablemente me quedé como igual, porque no entendí exactamente de qué se trataba."

"Ese espacio quizás me regaló una cosa importante que es una especie de obsesión por la palabra precisa. Era un espacio lleno de diccionarios y de enciclopedias. En esa época, ustedes saben eso, cuando uno no entendía algo tomaba un diccionario. Y había también una obra increíble que era una edición de fines de siglo XIX de la Enciclopedia francesa. Era la nueva enciclopedia. Mi abuelo había usado esa nueva enciclopedia para hacer sus tareas, supongo. Yo también hacía muchas tareas en esa enciclopedia. Todavía en la facultad estudiando Historia hice tareas con esa enciclopedia. Alguna vez que tenía que estudiar algo sobre la Constitución estadounidense, el mejor texto que encontré fue ese, el más completo, el más detallado. Por supuesto no tenía la menor idea ni me preguntaba qué iba a estudiar, pero sabía que iba a seguir estudiando. Esa es una parte donde lo familiar importa."

“Mi madre recuerda que yo de niña me despertaba muy temprano... mis papás todavía estaban durmiendo y lo que recuerdo es que estaba la cama y salían los pies destapados de mi papá y yo tenía esa altura para ver. Recuerdo perfectamente sus pies. Y los despertaba. ¡Ya es de día! Entonces mi mamá en un acto de desesperación, supongo, me dio un cuento de La *pequeña Lulú* y me dijo, ‘Mira, tú te despiertas muy temprano, pero nosotros necesitamos dormir un poco más. Cuando te despiertas, tú solita te puedes entretener con esto.’ Nunca más los volví a despertar, morí de la risa viendo los monitos y nunca más los volví a despertar. Y bueno, pues así nació para mí probablemente una historia de pasión por los objetos impresos, que supongo que me seguirá acompañando lo que me quede de vida.”



Estudiar historia

La elección de estudiar Historia llegó a su vida 'casi-casi por accidente.' "Cuando estaba en la prepa sabía que quería ir a la Facultad de Filosofía y Letras, en parte porque me gustaban las Relaciones Internacionales, pero eso aquí no se podía estudiar y luego me gustaba mucho la Arqueología, pero tampoco se podía estudiar aquí."

"Puse el ojo en la carrera de Relaciones Internacionales del Colegio de México y fuimos a (Ciudad de) México, mi papá me llevó a averiguar. Regresamos con una información un poco decepcionante porque no se abrían estudios cada año, sino únicamente cada generación. Entonces yo iba a terminar y tenía que esperar un año para poder inscribirme. Eso no me parecía de ninguna manera algo posible. Ahora la verdad es que todavía cuando los estudiantes dicen, 'me voy a tomar un año sabático' me sorprende, porque nunca se me hubiera ocurrido que yo podía dejar un minuto las aulas."

"Entonces dije, 'voy a ir a la Facultad de Filosofía y Letras a pasar un año para no estar sin aprender nada mientras se abre esa oportunidad.' Me quedé. Entré a la Facultad, me fascinó la escuela y me quedé. Ya nunca me volví a acordar de que quería irme. Llené la solicitud a máquina. Tenía la solicitud puesta en la máquina, ya había llenado absolutamente todo y me faltaba poner la carrera y eran cuatro las posibilidades: Letras, Filosofía, Sociología, Historia. Y yo estaba, ¿me inscribo en Historia? O me inscribo en Sociología. Historia-Sociología. Y ahí dejé la hoja hasta el último instante cuando ya tenía que ir a meter la solicitud: '¿Qué hago, qué hago?' Bueno. Historia. Pero fue una cosa un poco al tanteo entre las dos que yo sentía que me gustaban. Y después cuando me inscribí en Historia, lo que hice fue cursar algunas materias en Sociología.



La teoría y lo interdisciplinario: sus opciones

“Lo que sí es claro es que la teoría me gusta muchísimo. Allí estaba mi interés por la Sociología, tenía muchísimo que ver con la pasión que tengo por la teoría. Me parece que con alguna frecuencia se presenta el perfil de los historiadores como un universo sin teoría o relativamente impermeable a la teoría y eso es completamente falso. No solamente hay las grandes teorías de la Historia que no son productos de historiadores, son productos de filósofos, de economistas, de sociólogos, sino que la Historia misma se acompaña de planteamientos teóricos muy importantes. Me encanta la teoría. Y eso era para mí, probablemente, es lo que estaba en el origen de mi gusto por la Sociología. Después la verdad fui felicísima estudiando Historia.”

“He seguido estudiando Historia, he tenido formaciones con ese sólo sello, pero al mismo tiempo he estado en cuestiones interdisciplinarias. Primero porque tuve el privilegio de que me invitaran a trabajar en un centro de investigaciones sobre movimientos sociales que estaba creándose en ese momento, en 1987, y allí se hacía Historia, análisis sociológicos, análisis políticos y después me fui encontrando con la Antropología. La apertura hacia lo interdisciplinario, para mí, es algo fundamental. También tiene que ver con que la Historia es una disciplina que nació hace bastante tiempo, mantiene, en apariencia, un perfil decimonónico en ciertos aspectos, pero en realidad se ha ido acondicionando al mundo, sino no sobreviviría, y en ese acondicionarse se ha ido poniendo a navegar en aguas que son de otras disciplinas. Ahí está un terreno que me encanta que es cómo el estudio de la Historia no puede hacerse sin herramientas de otras disciplinas.”

Dos lenguas, dos vínculos

“Yo hice la primaria y la secundaria en el Colegio Franco Mexicano, porque mis papás ahí trabajaban y ahí se conocieron. Ahora que veíamos la entrevista con la doctora Esmeralda Matute, mis papás la conocieron a ella y al doctor Durán allí. Mis abuelos eran profundamente francófilos, eso corresponde a un perfil generacional. Mi abuelo había hecho sus estudios en Francia, él fue pintor, su padre fue médico y había hecho sus estudios en Francia también. Entonces, ahí había una especie de ruta familiar importante, había algo natural en la comunicación extraordinaria que yo tenía con mi abuelo porque simplemente pasábamos mucho tiempo juntos, entonces al poder hablar en la lengua que para él era importantísima se construyó algo fundamental, especial.

“Después me fue gustando muchísimo la literatura y esa cosa increíble de captar lo que uno puede leer en una lengua que no es la materna. El desafío que eso representa, por una parte, y por otra la especie de viaje que es entender que, incluso en lenguas que son obviamente muy cercanas entre sí, dos lenguas romances, hay matices. Eso me sigue fascinando, ¿cómo hay cosas que uno puede expresar en una lengua con cierto matiz y que en otra se pueden decir de otra manera, pero no exactamente así? Otra vez esa obsesión con la palabra precisa.”

“Yo diría que hay expresiones que obviamente la cultura francesa como cualquier otra, como seguramente la alemana, como seguramente el náhuatl que desafortunadamente no puedo hablar, tienen cosas para expresar experiencias de la vida, que otras no tienen, por lo que sea, entonces la riqueza que da poderlo hacer es increíble. En ese sentido uno de los aprendizajes más grandes que hice en el doctorado en Francia fue poder escribir en francés; ese aprendizaje no iguala las capacidades en la lengua materna y creo que uno debería tener la humildad necesaria para reconocerlo. Soy capaz de escribir en francés, pero no publico nada que no haya sido leído por alguna ‘víctima’ francófona de nacimiento, (risas). Ese aprendizaje se lo deseo a cualquier persona.”



Mirar a México desde Francia

"Yo trabajaba temas mexicanos y seguí trabajándolos mientras estuve allá. Después habría de trabajar en una perspectiva más amplia, pero cuando me fui parecía lógico que trabajara temas mexicanos. Tenemos hasta el infinito de temas pendientes por trabajar en la Historia de México y, en esa óptica y también por una cuestión que yo creo que tiene que ver con un vínculo histórico que existe entre la disciplina de la Historia y la construcción nacional, eso no sólo en México, sino en muchas partes, la Historia nace como disciplina académica vinculada a la construcción nacional, lo lógico es que quien se forma en un país o en una región haga la historia de esa región de ese país. Y era el camino que yo seguía. Pero no es lo único posible. Eso es algo de lo que aprendí. **No sólo no es lo único posible, sino que no es lo único legítimo**: había adquirido una serie de habilidades intelectuales, técnicas, prácticas y que son aplicables a muchas realidades.

"Cuando alguna vez le pregunté al profesor François Xavier Guerra, que fue mi director de tesis, ya sobre el final, '¿Qué tengo que poner?'. Estábamos llenando un formato: nombre, doctorado en...' ¿Tengo que poner que soy doctora en Historia de América Latina? Él coordinaba un Centro de estudios sobre América Latina y el mundo ibérico, y me dijo, 'No, usted tiene que poner que es doctora en Historia. Punto. Usted puede hacer historia de lo que quiera.' **Como que me quedé perpleja un momento** y después dije, '**Pues sí, obvio. Yo sé cómo se hace historia.'** Claro, si quiero hacer historia de algo que desconozco por completo, pues me va a costar mucho más trabajo, pero nadie dice que no lo pueda hacer si adquiero los saberes necesarios para hacerlo."



El afuera. La universidad pública

“Otra cosa que es muy importante es el tema de la distancia con los temas. Muchas veces, cuando tenemos terrenos de trabajo muy pegados a lo propio podemos ver con cierto recelo que alguien de fuera venga a trabajar lo que pensamos que son temas propios, como si estuviera metiéndose en nuestras cosas, pero tenemos generaciones importantísimas de historiadores extranjeros que han escrito, por ejemplo, sobre la Revolución mexicana que fue mi primer campo de especialidad**. Si uno dice, “¿cuáles son las obras más importantes sobre la Revolución mexicana?” inmediatamente llegan autores que no son mexicanos**. No quiere decir que no haya mexicanos importantísimos, pero no se puede no mencionar a los que no son mexicanos, muchísimos estadounidenses. Womack, Kats, el propio Guerra... No, no se puede prescindir. Alguien que quiera saber sobre la

Revolución mexicana no puede prescindir de los estudios hechos por historiadores no mexicanos. Para eso existe, afortunadamente, el término Historia de mexicanistas, pero **la distancia que esas miradas aportan con respecto a lo que nosotros miramos es importantísima para mostrar otro punto de vista**.

"Estudiar desde lejos me permitió ver de otra manera..." Se queda pensando... "había categorías que no eran igualitas a las que había conocido. Les voy a ilustrar con un ejemplo. Cuando yo me fui a hacer el doctorado a finales del 91, François Xavier Guerra estaba empezando una investigación sobre las independencias hispanoamericanas. Esa investigación dio ese libro suyo, enorme, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (1992), entonces yo llegué a su seminario y él siempre exponía algún avance; luego todo el mundo hablaba de la revolución. **La revolución en México es la de 1910, es la única, casi, lo otro es la guerra de Independencia. Eso había aprendido en las aulas**, escuchado por todos lados, y en esos años justamente se estaba cocinando una transformación historiográfica con respecto al tema de lo que tanto tiempo se llamó guerra de Independencia y ahora todos **muy amablemente le llamamos Revolución de Independencia,** pero en ese momento para mí fue como una sorpresa, dije, 'pero qué está diciendo este señor, de qué está hablando', y me demoré un tiempo en entender. Después fui observando cómo había cosas cuya explicación no dependía de las fronteras nacionales o de lo que sucedía aquí dentro, sino que dependía de lógicas que no reconocen esas fronteras. Eso es algo de lo que aprendí. Fue interesantísimo sentir la obligación de mirar lo que estaba más lejos, lo que está aparentemente afuera, una propia pregunta por el afuera y el adentro.

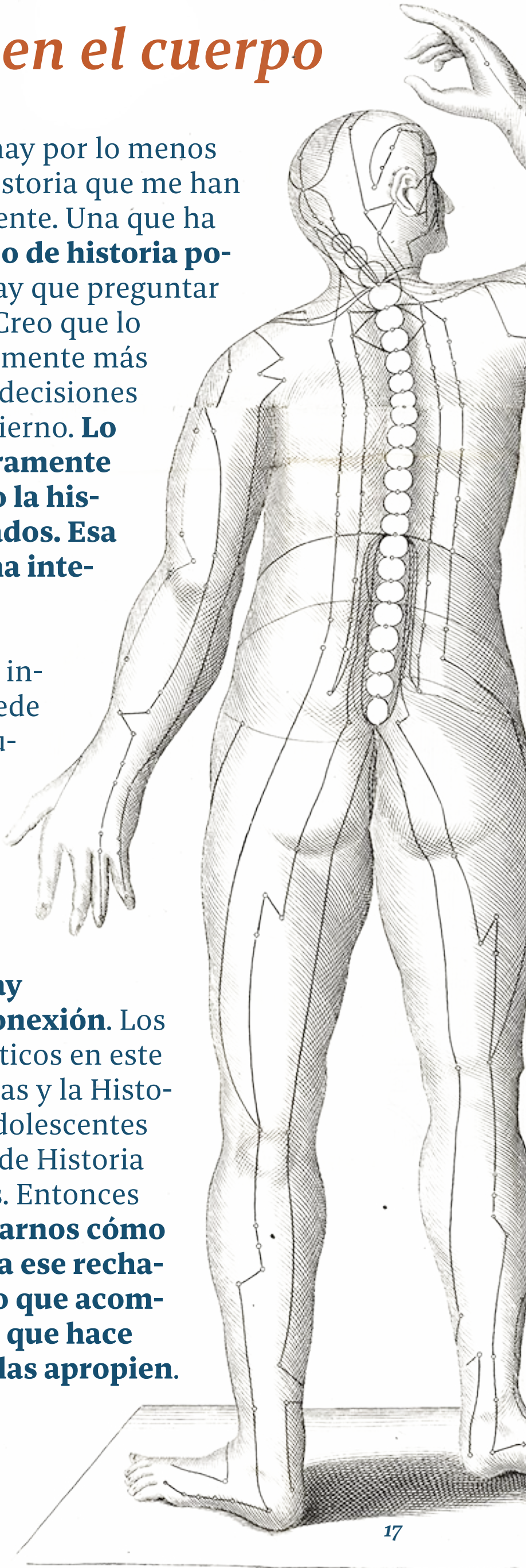
“Pero también aprendí algo que para mí fue muy importante y que se sitúa en otro plano. Yo había hecho todos mis estudios en Guadalajara y llegaba a esa universidad para aprender, obviamente, pero lo que entendí estando allá era que en las primeras clases, y viendo a las demás personas que acudían, unas 20-25 personas en la generalidad de los seminarios –era un sistema sin cursos obligatorios, de responsabilidad personal; uno acudía a los cursos que quería, escuchaba, participaba– y **lo que yo entendí era que podía estar allí como cualquiera**. Hice la primaria y la secundaria en el sistema privado y tenía la ventaja de haber aprendido francés de niña, que definitivamente es algo que fue muy importante. Después le debo mi formación a la universidad pública. **Yo nunca hubiera hecho estudios superiores sin la universidad pública. Hubiera sido imposible**. O hubiera sido un sacrificio espantoso para mis padres pagarme la educación privada, sin hablar de que no había a dónde ir a estudiar lo que yo quería, nunca se planteó que yo fuera a la universidad privada.”

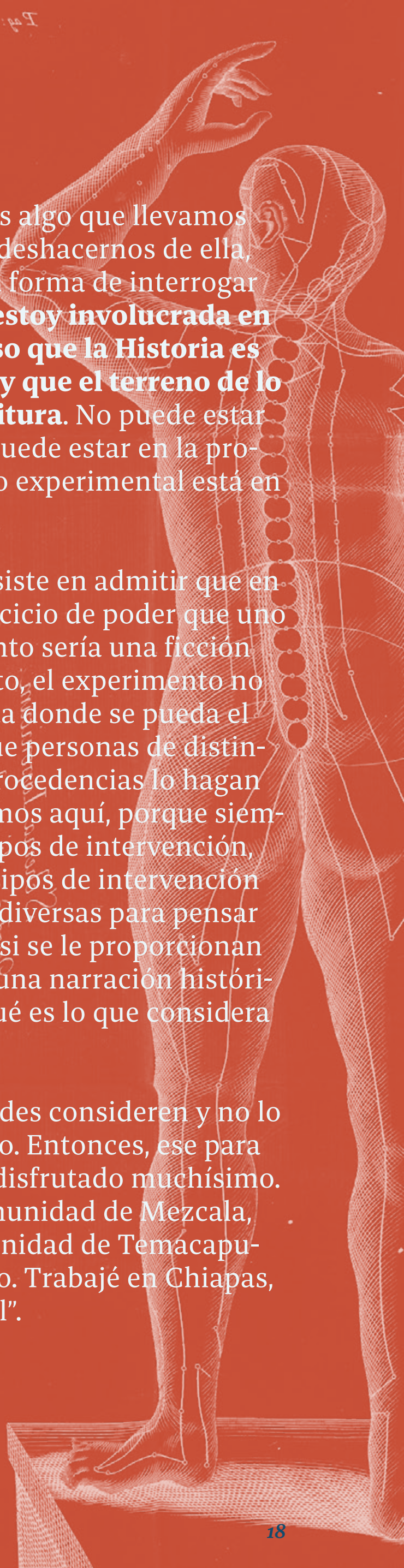
“En estos años la discusión probablemente se ha movido, pero yo creo que los años de llegada del neoliberalismo en México, en 1991, que es justo cuando salí a estudiar, me fui pensando que nunca en la vida iba a ver que gobernara una cosa que no se llamara PRI, con grandísima tristeza después del fraude del 88, ¿no? **Eran años de agresividad del neoliberalismo para la identidad de la universidad pública**, se empezaba a destinar mucho financiamiento para la educación privada, se veía como muy prestigioso los estudios aquí y allá, y yo creo que frente a eso para mí fue una demostración contundente. Yo salía de una universidad estatal que tenía los defectos que tenía, pero podía pararme donde estaba, que también era universidad pública, y no tenía nada de qué sentirme menos. Eso fue importante.”

La historia en el cuerpo

"Quiero enfatizar que hay por lo menos dos formas de hacer Historia que me han interesado profundamente. Una que ha sido, en general, **trabajo de historia política.** Pero entonces hay que preguntar qué es eso de política. Creo que lo político es algo infinitamente más amplio que la toma de decisiones de los grupos en el gobierno. **Lo político está verdaderamente por todos lados, como la historia está por todos lados. Esa es una parte que me ha interesado trabajar**."

"Y por otro lado, me ha interesado eso que se puede caracterizar como la autorreflexión o la reflexividad científica: **lo que hace cómo lo hace, desde dónde, por qué y me parece que en la producción del relato histórico hay un problema de desconexión**. Los grandes fracasos didácticos en este país son las Matemáticas y la Historia, la mayoría de los adolescentes no quieren saber nada de Historia y nada de Matemáticas. Entonces **tenemos que preguntarnos cómo funciona lo que lleva a ese rechazo, cuál es el concepto que acompaña a estas materias que hace que los jóvenes no se las apropien**.





“Yo considero que la Historia es algo que llevamos en el cuerpo, que no podemos deshacernos de ella, creo que tenemos un reto en la forma de interrogar la Historia y hace tiempo que **estoy involucrada en experimentos, es decir, pienso que la Historia es una disciplina experimental y que el terreno de lo experimental está en su escritura**. No puede estar en fabricación de fuentes, no puede estar en la producción de los datos. El terreno experimental está en la escritura.”

“Entonces el experimento consiste en admitir que en el acto de escritura hay un ejercicio de poder que uno debería soltar. Hasta cierto punto sería una ficción decir que lo suelta por completo, el experimento no ha llegado ahí, pero soltar hasta donde se pueda el poder de la escritura y dejar que personas de distintas formaciones de distintas procedencias lo hagan propio. Hemos hecho, digo hemos aquí, porque siempre ha sido con pequeños equipos de intervención, he apostado por pequeños equipos de intervención en formas de situaciones muy diversas para pensar que cualquier persona puede –si se le proporcionan herramientas útiles– elaborar una narración histórica y por esa misma vía decir qué es lo que considera histórico.”

“El qué histórico es lo que ustedes consideren y no lo que yo imponga como histórico. Entonces, ese para mí ha sido un empeño y lo he disfrutado muchísimo. Ahí hemos trabajado en la comunidad de Mezcala, más recientemente en la comunidad de Temacapulín, donde seguimos trabajando. Trabajé en Chiapas, en la Universidad Intercultural”.



Historia urgente

“Trabajamos aquí mismo haciendo la apuesta por pensar que la historia también puede ser algo urgente. Hicimos un taller de Historia urgente en plena pandemia. Esta historia atroz de la muerte de un joven albañil en Ixtlahuacán de los Membrillos, (que es asesinado por un agente municipal) por no traer el cubrebocas (y que generó protesta ciudadana). Allí se desató una serie de discursos oficiales que decían que todas las protestas venían de otra parte, porque los jalicienses no protestábamos. Entonces, se hizo un taller de Historia urgente para tratar de mostrar que esta ciudad y este estado tienen una potencia rebelde profunda y de cuántas maneras podía narrarse eso.”

“Puedo pasar muchas horas de mi vida haciendo investigaciones clásicas, en individual. Y al mismo tiempo me parece que esta vía experimental es algo indispensable, en todo caso es indispensable para mí, probablemente no para los otros. Pero que poner el sistema de autoridad que acompaña la producción

de la narrativa histórica puede ser una de las vías de renovación de la disciplina que permita que otras personas la abracen y hagan renovar la conexión social con esta disciplina. Por otro lado, si está cuestionada urge que quienes la practicamos nos cuestionemos, ¿no?"

El sillón 15

"La llegada a la academia de la historia es una distinción que yo aprecio mucho. Debo la postulación a la amabilidad de dos grandes historiadoras, la doctora Gisela Fonbœuf Besser y la doctora Ana Carolina Ibarra, colegas de la UNAM, ellas consideraron que yo podía tener un perfil para ser electa. Participé en un proceso de elección que dio por resultado que los colegas tuvieron confianza en que yo era el sillón 15.

"Para mí tiene un significado muy especial porque lo ocupó el historiador Manuel Ceballos Ramírez, que fue un amigo entrañable y que fue uno de los primeros historiadores que planteó un cambio en la manera de ver los campos ideologizados del mundo liberal y conservador en donde pensábamos que los liberales eran progresistas y los conservadores eran católicos y que por ende, todo lo católico era conservador y todo lo progresista era liberal, y Manuel Ceballos insistió en que había otras posibilidades de interpretar hablando del tercero en discordia, cuando hizo su trabajo sobre el catolicismo social.

"Entonces, para mí llegar al sillón que ocupó Manuel Ceballos, que además fue profesor muchos años aquí en el colegio Cervantes y después ya se fue a su norte de origen, pero fue un gran amigo de esta comunidad en la que yo participo, es un privilegio y lo considero al mismo tiempo, por supuesto, una distinción."

“Como lo dije cuando tuve ocasión de formalizar el ingreso, considero que estoy con la comunidad de la que procedo, que es esta Universidad, y con las comunidades en las que me he formado: una persona, por supuesto, es el trabajo que ella ha hecho, pero siempre es junto a otras personas.”

“En ese sentido para mí es algo muy importante considerar que no es un logro individual, aunque por supuesto tiene una dimensión individual, sino que es la representación del esfuerzo de una comunidad más amplia en diversos sentidos. Eso es padrísimo”.

En familia

“En esos años el abuelo no estaba todavía en ese escenario sino muy marginalmente, porque había muchos que luego que fueron revolucionarios se fueron de Jalisco. Entonces, en lo que yo trabajé no me lo encontré. En cambio, sí me encontré con algo que no era que estuviera muy presente en nuestra historiografía, aunque sí había trabajos sobre el caso, que fue la importancia del catolicismo político en el estado de Jalisco. O sea, cuando empecé a encontrarme en las fuentes con que había un partido que se llamaba Católico Nacional y que había ganado las elecciones en Jalisco, y que gobernó, y que además era un proyecto muy interesante cuyo carácter había que hacer análisis complejos antes que ponerle etiquetas luego luego, esa fue una gran sorpresa que me dieron los archivos.

Por allí entré en exploraciones en las que he seguido después, por cierto. En algún momento **entendí que eso que yo veía en una dimensión regional, necesitaba verlo en una dimensión internacional para entender por dónde había llegado, de dónde**, y allí

encontré personajes de esta ciudad que no era mi escurridizo abuelo Cárdenas que siguió siendo escurridizo hasta hace pocos meses, diré ahora, sino otros personajes que andaban por allí. Algunos parientes, pues sí, porque como decía mi padre, que escribió un par de novelas y una de ellas que fue premiada en uno de los primeros concursos de la FIL y se llama *En familia*: '**todo lo que sucede en poblaciones pequeñas se considera en familia**'. Entonces, en efecto, me encontré y me sigo encontrando con elementos muy familiares haciendo Historia. Eso seguirá sucediendo siempre y creo que le sucederá a todos."

"Sería interesante que los historiadores tuviéramos la capacidad de hacer que la Historia fuera algo familiar en el sentido de lo que revela de uno mismo para muchas más personas. Eso es un reto enorme que tenemos, enorme, y que no sé cómo lo vamos a hacer. Ojalá que otros lo hagan."





Así contó La Gaceta su ingreso a la Academia Mexicana de la Historia



Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de Historia de la doctora Elisa Cárdenas Ayala:

“América en la reinvención del poder pontificio: cerrar el siglo XIX”



Publicaciones